

---

## PRESENTACIÓN

*La breve Introducción de Légaut nos obliga a una presentación igual de sobria y discreta. De esta forma, quizá los lectores de ahora hagan la misma experiencia que los que lo leímos sin saber nada del autor, hace cuarenta años. En todo caso, si los lectores de ahora saben más sobre el autor y el libro, al menos podrán imaginar la extrañeza de los lectores de hace cuarenta años ante el vigor de este libro y de la voz que hay en él.*

*Secundaremos, pues, la voluntad de Légaut que dice haberse tomado la «licencia de adoptar la forma impersonal, sin duda por discreción, pero también porque los términos abstractos expresan –más puramente que los otros– lo universal, y dejan a cada uno la libertad de revestir dichos términos con lo concreto que mejor se adapte a su propia experiencia y a lo que el futuro le depare».*

*Al margen, pues, de cualquier curiosidad, el lector deberá centrarse en leer el libro y en leerse, poco a poco, a sí mismo, a través de él. No obstante, haremos a continuación tres indicaciones que serán otras tantas salvedades a la discreción y abstracción de Légaut. La primera es ofrecer la breve información de las solapas e indicarle que, si quiere saber más, sobre Légaut y su obra, puede consultar las «presentaciones» de los otros libros suyos editados por la Asociación (1).*

*La segunda indicación, para evitar equívocos, es recordar que Légaut, a la hora de caracterizar sus libros, utilizó la distinción entre libros de itine-*

---

(1) Ver las referencias al final. También se leerán con provecho los textos de las dos primeras secciones de <http://www.marcellegaut.org/?id=mlegaut>

---

rario y libros de doctrina (*filosofía, teología, política, ética, psicología, etc.*); así como entre libros espirituales y libros de espiritualidad.

Quiero empezar diciéndoos esto: *mi libro no es un libro de doctrina sino un libro de itinerario*. Me atrevería a decir que se trata de un tipo de libro raro y escaso. En general, en el tema religioso –aunque también en muchos otros temas–, encontramos muchos libros de doctrina, donde se dice el objetivo al que hay que llegar pero se deja solo al lector ante la tarea de hacerlo. Un libro de itinerario es muy distinto: es un libro que, en lugar de hablar del objetivo que hay que alcanzar, lo que pretende es indicar –al menos para quien lo escribe– el camino que él ha tomado para intentarlo. De manera que un libro de doctrina habla claramente del objetivo pero no dice, en absoluto, de forma precisa, cómo se llega a dicho objetivo –e incluso, a veces, olvida por completo mencionar esa cuestión. En cambio, un libro de itinerario procede completamente al revés: es un libro que no quiere hablar del objetivo pues éste depende, precisamente, del camino que se lleva. Según el itinerario que se haya seguido para alcanzar el objetivo, las palabras que se emplean para explicitarlo tendrán su propio valor pues estarán cargadas con toda la experiencia del itinerario seguido; experiencia que habrá llevado, precisamente, a utilizarlas. (2)

Un libro espiritual, para mí, es un libro escrito por su autor no tanto para ser leído como, sobre todo, para ser escrito. El mejor lector de un libro espiritual es su propio autor. En la medida, precisamente, en que un libro está escrito por su autor para sí mismo, consigue mejor llegar a otros. *Hay una diferencia radical entre un libro espiritual y un libro de espiritualidad*. Sólo siendo uno mismo se puede ayudar a otros a que lo sean a su vez. Los libros de espiritualidad enriquecen a sus editores, como se ve por su abundancia: nunca hay penuria y más bien hay inflación en ese terreno. (...) Los libros espirituales, en cambio, son raros. Exigen de su autor mucho más que los libros de espiritualidad. No basta con ser un buen profesor. Hay que estar vivo y ser capaz, además, de expresar lo que se vive. Hay mucha gente que está viva

---

(2) Ver: “El hilo conductor de mi obra”, artículo suyo de 1971, publicado en *Cuadernos de la Diáspora*, 5, mayo 1996, pág. 34 y ss.

---

pero que no es capaz de decir lo que vive porque hay algo especial en el hecho de la expresión. (...) A mitad de la vida, en la práctica, sólo se escriben libros de espiritualidad porque, en esa etapa, por el hecho mismo de estar en contacto con muchas cosas, se sabe demasiado, al margen de lo que se vive realmente por dentro. La decantación no se ha consumado todavía. Al final de la vida, por el contrario, se critica todo lo que se ha aprendido pero que ha quedado fuera; y se conciencia, en cambio, lo interior. (3)

*Las diferencias que se establecen en estos dos fragmentos son muy útiles de cara a comprender lo peculiar de la escritura de Légaut y, consiguientemente, lo especial que debe ser su lectura. Queda clara, en estos párrafos, cuál es la índole de este libro, así como qué es lo que el lector encontrará en él y, en consecuencia, cómo es bueno acercarse a él. La distinción entre dos tipos de libros ayuda a comprender, además, otras dos premisas importantes de Légaut, también presentes en su Introducción: a) que lo esencial no es objeto de enseñanza y b) que la vida espiritual no es específicamente cristiana aunque el autor lo sea.*

*La tercera indicación que nos propusimos hacer en esta presentación consiste en una observación surgida al hilo de la traducción y de la revisión, así como de los comentarios de algunos lectores. Es una observación léxica en la que se manifiesta ya la diferencia entre libro de itinerario y de doctrina, y que complementa, además, otras precisiones de Légaut al final de su Introducción.*

*Ya en el título del libro, Légaut emplea el término “hombre” que, a lo largo del texto, emplea, sin embargo, según sus dos significados: el genérico, que contrapone “hombre” a “animal” o a “dios” (y que designa potencialmente a cualquier hombre o mujer), y el específico, que contrapone “hombre” a “mujer”. Pese a que Légaut siempre habla del “hombre” con una extensión que abarca a ambos sexos, la significación específica de varón también despunta en algunos momentos.*

*Así sucede en los tres primeros capítulos del libro y en el último. No tanto, en cambio, en los de enmedio. Así sucede, en efecto, en el capítulo en que Légaut trata del “amor humano”: algo común al hombre y a la mujer pero*

---

(3) Citado en Thérèse de Scott, *Marcel Légaut, L'oeuvre spirituelle*, págs 130-131.

---

que, en el texto, se desarrolla de una forma en que destaca la perspectiva del hombre en tanto que varón. Así sucede también en el capítulo sobre la paternidad. Siendo la paternidad una función biológica y social común a hombres y mujeres (igual que las dos características, de “autoridad” y de “llamada”, que Légaut distingue en ella), el texto, escrito desde la perspectiva de ser padre, carece de desarrollos específicos que bien pudieran hacerse desde la perspectiva de la “maternidad”; desarrollos que Légaut no podía hacer, aunque sí, seguro, suscitar. Esta particularidad del texto es coherente con su característica de ser el testimonio de un itinerario y no una exposición general como la del profesor, sacerdote, psicólogo o pensador o intelectual.

También hay alguna superposición de los dos significados de “hombre” cuando nuestro autor habla o bien de los “bienes humanos” en el primer capítulo, o bien de la “presencia de la mujer y del hijo” en el capítulo final. Como es obvio, esta última expresión es propia de un hombre (el esposo) que, además, menciona al “hijo” no sólo en masculino sino en singular (él, que tuvo seis hijos; dos de ellos chicas).

¿Nos extrañaremos de que estos matices también despunten en otros desarrollos suyos, de los capítulos intermedios, como, por ejemplo, en los desarrollos sobre la “paternidad espiritual”? En estos casos, como en los anteriores, el lector (hombre o mujer, casado o no, con hijos o sin ellos, aún pequeños o ya mayores), a poco que capte el sentido del texto, sabrá recibir, sin dificultad, el “testimonio” de este libro que despierta y ayuda como pocos, y de forma “universal” además, a quienes sin embargo somos muy distintos. Su eficacia radica, en gran parte, en estar escrito desde lo “particular”, desde la “carencia de ser” y desde la “fe” de un hombre de setenta años que intentó ir a fondo en su propia singularidad. Os deseamos una provechosa lectura.

por los editores,

Domingo Melero